




# Devolver a Jesús a los pobres

Oriol Xirinachs

EMAÚS 132



La colección Emaús ofrece libros de lectura asequible para ayudar a vivir el camino cristiano en el momento actual.

Por eso lleva el nombre de aquella aldea hacia la que se dirigían dos discípulos desesperanzados cuando se encontraron con Jesús, que se puso a caminar junto a ellos, y les hizo entender y vivir la novedad de su Evangelio.



Oriol Xirinachs

# Devolver a Jesús a los pobres

Colección Emaús 132  
Centre de Pastoral Litúrgica

Director de la colección Emaús: Josep Lligadas

Diseño de la cubierta: Mercè Solé

Ilustración de la cubierta: © Cesc

Ilustraciones interiores: © Agustín de la Torre Zarazaga

© Edita: CENTRE DE PASTORAL LITÚRGICA

Nàpols 346, 1 – 08025 Barcelona

Tel. (+34) 933 022 235 – Fax (+34) 933 184 218

cpl@cpl.es – www.cpl.es

Primera edición: mayo 2016

Segunda impresión: agosto 2016

ISBN: 978-84-9805-904-5

Depósito legal: B 10234-2016

Printed in UE

Imprime: Ulzama Digital, S.L.



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Primera parte

**¡Ay de mí si no  
anuncio el Evangelio!**

(1 Corintios 9,16)

*El ángel les dijo: «No temáis, os anuncio una buena noticia que será de gran **alegría** para todo el pueblo» (Lc 2,20)*

*El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado para dar **la Buena Noticia** a los pobres (Lc 4,18)*



## Presentación

En el momento de presentar esta reflexión es necesario situar el marco del que ha surgido para poder entender su objetivo y su alcance. Un pequeño grupo de cristianos, presentes en el mundo de los pobres desde las entidades de la Iglesia, reunidos en el Secretariado para los Marginados de la diócesis de Barcelona, nos cuestionábamos el hecho de que nuestra presencia entre ellos, aun queriendo ser evangelizadora, se quedara reducida a una dimensión de promoción social o ayuda y, sin embargo, entendemos por evangelización completa la que les hace llegar **el anuncio explícito de la persona de Jesús: su vida, gestos y palabras**. Por varias razones reconocíamos que o no sabíamos o no encontrábamos la manera adecuada de hacerlo.

Constatábamos que la abundante literatura sobre el tema de la evangelización de los pobres se entendía y se concretaba como la «opción por los pobres» o por el «compromiso» que, de una forma casi exclusiva, giraba en torno a razonar, matizar, defender... de mil y una maneras la exigencia cristiana de esa acción liberadora y de promoción de los pobres.

Y habría también que añadir, como estímulo para esta reflexión, la voluntad de dar las razones de nuestra opción delante de muchos «comprometidos» que defienden que este compromiso ya es la propia evangelización. Eviden-



temente que nosotros entendemos este compromiso social como parte integrante y necesaria de la evangelización, aunque creemos que no es «toda» la evangelización.

Muchos son los textos, tanto del magisterio como de los reconocidos teólogos, que afirman esta convicción (cfr. los textos de las dos páginas siguientes). Sin embargo, no queremos recurrir al «argumento de autoridad», ya que nuestra opinión es que este anuncio surge del mismo evangelio; que debería ser algo normal, y que si no lo hacemos es debido a unas razones que nos han llevado a esta manera de entender y de hacer, especialmente en nuestro mundo occidental, a pesar de todo, rico y acomodado; es importante remarcarlo, ya que es el telón de fondo de esta reflexión.

No nos quedamos solamente en dar motivos para este hecho de dejar a los pobres únicamente como destinatarios de nuestra acción material –necesaria–, sino que intentamos dar razones para justificar la exigencia evangélica de hacerlos destinatarios de la persona de Jesús, ya que la Buena Noticia que nos lleva, y que es él mismo, es fuente de una alegría que da el sentido último a la vida, a la que creemos que tienen derecho.

Y dado que, avanzándonos al final, creemos que se ha perdido esta felicidad evangélica en este «mundo feliz» que hemos montado, entonces, en una segunda parte, queremos dar pistas para ayudar a hacer que los que hacen camino con los pobres, que es el «lugar teológico» en el cual sí que se puede vivir esta felicidad, puedan descubrirla y que se sientan llamados a comunicársela.

Evidentemente, el análisis que presentamos, como cualquier análisis, es subjetivo y parcial, pero, en todo caso, creemos que el tema es suficientemente importante como

para reflexionar sobre él. Es por esto que puede ser una ayuda para los que queremos llegar a este anuncio, aunque también puede ayudar a promover el debate entre los que piensan de otra forma.

Por todo lo anterior, creo que es bueno remarcar que los destinatarios de este texto son, en primer lugar, aquellos militantes de movimientos apostólicos, voluntarios y profesionales de organizaciones caritativas, religiosas y religiosos de congregaciones dedicadas a la atención y acompañamiento de los pobres.

Finalmente, también se tiene que remarcar que, dada la brevedad de este texto, se tiene que matizar tanto como sea necesario la presentación simplista del nosotros/ellos; pobres/no pobres... la frontera no está marcada con tiralíneas.

#### TEXTOS

---

Y, sin embargo, esto sigue siendo insuficiente, pues el más hermoso testimonio se revelará a la larga impotente si no es esclarecido, justificado –lo que Pedro llamaba dar «razón de vuestra esperanza»–, explicitado por un **anuncio claro e inequívoco del Señor Jesús**. La Buena Nueva proclamada por el testimonio de vida deberá ser pues, tarde o temprano, proclamada por la palabra de vida. No hay evangelización verdadera, mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios.

La historia de la Iglesia, a partir del discurso de Pedro en la mañana de Pentecostés, se entremezcla y se confunde con la historia de este anuncio. En cada nueva etapa de la historia humana, la Iglesia, impulsada continuamente por el deseo de evangelizar, no tiene más que una preocupación: ¿A quién enviar para anunciar este misterio? ¿Cómo

lograr que resuene y llegue a todos aquellos que lo deben escuchar? (PABLO VI *Evangelii Nuntiandi* 22).

Después de tomar en cuenta algunos desafíos de la realidad actual, quiero recordar ahora la tarea que nos apremia en cualquier época y lugar, porque «no puede haber auténtica evangelización sin la *proclamación explícita* de que Jesús es el Señor», y sin que exista un «primado de la proclamación de Jesucristo en cualquier actividad de evangelización». Recogiendo las inquietudes de los Obispos asiáticos, Juan Pablo II expresó que, si la Iglesia «debe cumplir su destino providencial, la evangelización, como predicación alegre, paciente y progresiva de la muerte y resurrección salvífica de Jesucristo, debe ser vuestra prioridad absoluta». Esto vale para todos (*Evangelii Gaudium* 110).

El anuncio de la Buena Nueva es además importante porque pertenece a la captación cristiana de sentido. Si su contenido es una buena nueva, el modo de captarlo es la gratuidad. De esta forma también, el oyente de la buena nueva hace una experiencia de sentido, pues su vida se retrotrae a otro que lo libera de su egocentrismo...

La evangelización por tanto, si es cristiana, no puede olvidar el aspecto de anuncio pues a través de él se expresa la historicidad concreta de la voluntad de Dios para el mundo, se expresa el contenido positivo de esta voluntad, y se considera al hombre como aquel cuya existencia tendrá sentido al remitirle a un otro, distinto y mayor que él. Por esas razones el anuncio no es meramente lo que es dicho, sino aquello que tiene que ser dicho. (Jon SOBRINO *Resurrección de la verdadera Iglesia*, pg. 284-285).

## No sólo de pan vive el hombre

A la proposición que el tentador hace a Jesús de convertir las piedras en panes, la respuesta de Jesús es: «Está escrito: “No sólo de pan vive el hombre”» (Lc 4,4). Y aún al final de su vida deberá reprochar a los discípulos: «En verdad, en verdad os digo: me buscáis no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros. Trabajad no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura para la vida eterna [...] Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá sed jamás» (Jn 6,26-27.35).

Pienso que leyendo lo evangelios deberíamos reconocer que la acción de Jesús, en el momento de realizar su buena noticia de salvación, va más allá de satisfacer las necesidades materiales de las personas, y especialmente de los pobres. Todos sabemos que sus «signos» (milagros) tienen un contenido mucho más global que su materialidad concreta. Son todos más que el pan, la vista, el andar, el devolver la palabra, el agua... Son liberación plena, devolver la dignidad, abrirse a lo trascendente.

Creo que este «algo más» de sus signos, ofrece a los que los reciben la salvación de Jesús, que es la respuesta a la necesidad vital de «saber que somos alguien para alguien», y, en su radicalidad, para Alguien. Podemos resumir una vivencia de esta realidad en el hecho de que nosotros sa-

bemos que el día que terminemos nuestro vivir dejaremos un vacío que nadie podrá llenar, mientras que los pobres viven la trágica experiencia de que el día que falten solamente dejarán una plaza en la residencia, una cama en el orfanato o un rincón en el cajero, que pronto será ocupado por otro.

Necesitamos alguien para quien seamos algo más que nuestra función, cargo, colega, espejo en el que vemos reflejados. Aquel ejemplo que explicaba el Catecismo holandés cuando nos hablaba de aquel chico que trabajaba, se divertía, estudiaba... y que en el momento que encuentra su pareja, continuará haciendo lo mismo y, sin embargo, todo será diferente. O aquel texto de Saint Exupéry en la *Carta a un judío*:

Yo, como todos, necesito ser reconocido, contigo me siento limpio y por esto vengo hacia ti. Necesito ir allí donde me sienta limpio. No han sido mis fórmulas ni mis aventuras las que te han permitido saber quién soy: ha sido el hecho de aceptar quién soy yo que, en cualquier caso, te ha hecho ser indulgente tanto con aquellas aventuras como con mis fórmulas. Te estoy agradecido por haberme aceptado tal como soy.

El «pan» es del todo necesario y no hace falta insistir en ello, evidentemente. Y darlo al que tiene hambre es una dimensión esencial de la vivencia cristiana, aunque tener estas necesidades cubiertas aún no es fuente de felicidad, al menos de toda la felicidad de la que está sedienta la persona; felicidad que nace espontáneamente cuando encontramos un sentido a la vida. La felicidad y la alegría, que son su expresión y que forman parte de la Buena Noticia que Jesús nos trae, son parte esencial de la evangelización. Y esta, ya intentaré razonarlo, solo nos puede venir de Jesús.

Cada uno de nosotros es el fruto de un pensamiento de Dios. Cada uno de nosotros es querido, cada uno es amado, cada uno es necesario (BENEDICTO XVI, Homilía en el solemne inicio de su Pontificado).

Y esto es, seguramente lo más original de Jesús, lo que hace que Jesús no solamente sea «interesante» para el hombre de hoy que busca el sentido, sino que lo hace «necesario». Efectivamente: ¿Quién puede ofrecer con autoridad el sentido último de la existencia del hombre? Y es que este sentido último es esencial para el hombre. En el fondo de todas las búsquedas de la persona hay esta necesidad de una base absoluta, firme, de un punto de partida incuestionable que dé sentido a la totalidad de lo que preocupa y busca el hombre. Precisamente Jesús presenta su persona como opción absoluta de la persona humana (Mt 10,37) y como fuente de lo que busca la persona humana (Federico CARRASQUILLA).

El marginado es el que ha perdido todas las razones que dan sentido a la vida... El que se siente abandonado porque lo menosprecian, porque incluso él mismo se siente indigno de respeto y de amor. Y cae en esta especie de tristeza, de no vida... Este sentimiento de no tener lugar en el mundo es un agravio. Lo experimento cada día en las personas con las que vivo: solo podemos vivir cuando nos sentimos en nuestro lugar... un lugar en el corazón de alguien. Comenzamos a estar alegres cuando sabemos que alguien llorará nuestra muerte, cuando dejemos un vacío no únicamente en una cama, sino también en un corazón (Jean VANIER, *Una nueva visión del amor*).